

Pablo Gutiérrez: "Escribo para seguir cabreado con el presente"

Alejandro Luque Actualizado 15/01/2011



Pablo Gutiérrez, en la presentación de su libro esta semana en la Casa del Libro. - Jonathan Palanco

Nada es crucial (Lengua de Trapo) es el título de la segunda novela de Pablo Gutiérrez, uno de los autores más destacados de la última narrativa española, como prueba su inclusión en la muy comentada lista *Granta* y sus notables ventas: tres ediciones en dos meses, los transcurridos desde que el volumen vio la luz.

Gutiérrez (Huelva, 1978), que ya recibió buenas críticas y galardones con su debut, *Rosas, restos de alas*, cambia ahora radicalmente de tercio. Si su primer libro era una suerte de largo poema en prosa sobre el abandono y la soledad, ahora se atreve con "un cuento social, aunque trágico y duro como una piedra", como él mismo admite, que vuelve la mirada hacia los años 80.

El escenario es una ciudad indefinida de un país indefinido -que bien podría ser Huelva, como cualquier otra- y tiene como protagonistas a Lecu y Magui, dos niños que crecen en situaciones muy diferentes y extremas. Lecu es hijo de yonquis y vive medio abandonado en un descampado; Magui, en cambio, lleva una vida más cómoda en una familia que, de pronto, se romperá de un modo dramático: su madre se encierra en una habitación y decide no salir

<http://www.elcorreoweb.es/cultura/113554/gutierrez/escribo/seguir/cabreado/presente>

de allí. Lo que hace *Nada es crucial* es seguir el camino de ambos personajes, destinados a encontrarse, a través de curiosos vericuetos que saben cómo atrapar la atención del lector.

En cualquier caso, Gutiérrez ha recurrido a la imagen del descampado, esa anomalía urbanística tan corriente en España en los años 80, como metáfora de la intemperie espiritual en la que se encuentran los personajes de esta obra.

"Para mí es una imagen muy potente", explica el escritor. Quien haya conocido los cabezos de Huelva, sabe a qué me refiero: eran montañas de barro que quedaban sedimentadas después de las frecuentes inundaciones, y en las que crecía vegetación, se cultivaban pequeños huertos... Y vivían los yonquis. Me produce la misma impresión que cuando pienso en los columpios de aquella época, que eran de hierro y suelo de hormigón, o de albero en el mejor de los casos. No hay duda: el mundo ha cambiado".

"Aquel", prosigue Gutiérrez, "era el espacio en el que la vida se interrumpía; la ciudad se cortaba, incluso físicamente". Asimismo, hay unos personajes más o menos inquietantes, los miembros de un colectivo llamado los neocristianos, y que recuerda a ciertos grupos religiosos que surgieron en la misma década prestando ayuda a los drogodependientes.

cuidada escritura. Por otra parte, en las dos novelas publicadas hasta la fecha por el onubense hay un cuidado por el lenguaje que no pasa desapercibido a ningún lector. "Hay cierto tono poético que forma parte de mi escritura", admite, "pero esta novela también juega a la impostura, al discurso falso. Tiene, por ejemplo, cero documentación: ni siquiera he buscado en Google. Quería hacer una novela de impresiones, no de información. Da la sensación de que el discurso está mezclado con fuentes diversas, y que eso ayuda a soportar la tragedia que se narra: de lo contrario, yo no habría sido capaz de llegar escribiendo ni a la página 12", señala.

Por último, cuando se le pregunta por las evidentes diferencias entre *Rosas, restos de alas* y *Nada es crucial*, Gutiérrez no tiene dudas: "Entre un libro y otro hay un profundo cabreo con el presente. Eso, y mucha lectura de Baroja, tanta que esta novela, cambiando el estilo, podría ser una obra barojiana. La primera era una novela ensimismada, mientras que esta es una novela de ojos abiertos, de búsqueda de motivos, de problemas y de causas. Como el mundo es un asco y va a seguir siendo así, escribo con la necesidad de seguir estando cabreado", concluye.